

reyes se van al infierno por el camino real, y los mercaderes por el de la plata.» «¿Quién te mete ahora con los mercaderes?» dijo Calabres. «Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos y ahitos, y aun los vomitamos: vienen allá á millares, condenándose en castellano y en guarismo (1); y habeis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta, no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuándo hablan á lo negociante ó cuándo á lo deshonesto. Hombre destos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganará con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces que acá los permitieron.»

«¿Luego algunos jueces hay allá?» «¡Pues no! dijo el espíritu: los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da á los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro.» «¿También querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde á los dioses?» «Y ¿cómo que no hay justicia! Pues ¿no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo? Pues por sí no lo sabes, te lo quiero contar.»

Vinieron la verdad y la justicia á la tierra: la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra rogando á todos; y viendo que no hacían caso della y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fué á las aldeas de villanos, donde por algunos días, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era; y ella, que no sabe mentir, decía que la justicia. Respondíanle todos: «Justicia, y no por mi casa; vaya por otra»; y así no entraba en ninguna: subióse al cielo, y apenas dejó acá pisadas. Los hombres, que esto vieron, bautizaron con su nombre algunas varas que arden muy bien allá, y acá solo tienen nombre de justicia (2) ellas

el ejercicio que aquí tuvieron. (MS. de *Muso y Valiente, ya citado*).
—(Cuando la censura no consintió que este párrafo corriese, hubo de recelar que alguien pudiera ver aludidos en él á Felipe II, á su mujer doña Isabel de la Paz, al príncipe don Carlos y al cardenal Espinosa.)

(1) Mas almas nos ha dado Bisanzon y Plasencia que Mahoma. (MS. Colomb.)

(2) Los que la tienen. Y es de manera que tornó á bajar en Cristo después, y la justicia de acá la hizo de ella; porque hay

y los que las traen; porque hay muchos destos en quien la vara hurta más que el ladrón con ganza y llave falsa y escala. Y habeis de advertir que la codicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió las unas para vivir y las otras para vivir bien. ¿No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? No hurta con el entendimiento el letrado que le da malo y torcido á la ley? No hurta con la memoria el representante que nos lleva el tiempo? No hurta el amor con los ojos, el discreto con la boca, el poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos, el valiente con las manos, el músico con los dedos, el gitano y cicatero con las uñas, el médico con la muerte, el boticario con la salud, el astrólogo con el cielo? Y al fin, cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los pies, ase con las manos y atestigua con la boca; y al fin, son tales los alguaciles, que dellos y de nosotros defienden á los hombres pocas cosas.»

«Espántome, dije yo, de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres, pues son de casa.» «No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados y cansados; y á no haber tantas allá, no era muy mala habitación el infierno; y diéramos por que enviudáramos en el infierno mucho; que como se urden enredos y ellas desde que murió Medusa la hechicera no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas por la cual se puede tratar con ellas, que como están desesperadas, no piden nada.» «¿De cuáles se condenan más, feas ó hermosas?» «Feas, dijo al instante, seis veces más, porque los pecados para aborrecerlos no es menester más que cometerlos; y las hermosas, que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse y arrepíentense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres; y despues que se usan ojinegras y cariaquileñas, hierve el infierno en blancas y rubias, y en viejas más que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas espiran gruñendo. El otro día llevé yo una de setenta años que comia barro y hacia ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenía; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas, y arada la frente, huía de los ratones y traía galas, pensando agradarnos á nosotros: pusimosla allá por tormento al lado de un lindo destos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos.» «En todo esto estoy bien, le dije; solo querría saber si hay en el infierno muchos pobres.» «¿Qué es pobres?» replicó. «El hombre, dije yo, que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.» «¿Hablará yo para mañana! dijo el diablo: si lo que condena á los hombres es lo

muchos destos en quien la vara hurta más que el ladrón. (MS. Colomb.)

—(De esta proposición germinó luego la excelente obra de Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, que ponemos al frente de todas las suyas.)

que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis, porque aun diablos les faltan á los pobres; y á veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulator, como un envidioso, como un amigo falso, y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al día, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente y aguarda todo lo por venir como todos ellos?» «Cuando el diablo predica el mundo se acaba. Pues ¿cómo siendo tú padre de la mentira, dijo Calabres, dices cosas que bastan á convertir una piedra?» «¿Cómo? respondió: por hacerlos

mal y que no podais decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento; y de las más se deben las gracias al pecado, que os harta ó cansa, y no á la voluntad que por malo le aborrezca.» «Mientes, dijo Calabres; que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido; y en pena saldrás hoy de este hombre.» Apremióle á que callase, y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

Vuecelencia con curiosa atención mire esto y no mire á quien lo dijo; que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua (1).

(1) en la quijada de un león hay miel, y el salmo dice que á veces recibimos *salutem ex inimicis nostris et de manu qui oderunt nos.* (MS. Colomb.)

LAS ZAHURDAS DE PLUTON (a).

CARTA A UN AMIGO SUYO.

Envío á vuesa merced este discurso tercero al *Sueño* y al *Alguacil*, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algún

(a) Antes *Sueño del Infierno*.

«Acabé este discurso en el Fresno á postrero de abril de 1608, en 28 de mi edad», imprimió constantemente el autor al fin del presente discurso.»

«D. FRANCISCO acabó de escribir este *Sueño* el 17 de marzo de 1608 en el Fresno, y se le leyó, despues de comer con él, al conde de Lemos, en mayo siguiente en Madrid», dice una nota que me ha franqueado el señor Castellanos, juzgándola de letra del sobrino de Quevedo don Pedro Aldrete. No puede la fecha que estampa el sobrino desvirtuar la del tío, mientras no parezcan mayores pruebas. Sin embargo, la especie indudable de que este leyó su obra al presidente de Indias me hace conjeturar que el amigo á quien va dirigida la carta dedicatoria es Lupericio Leonardo de Argensola, que á la sazón vivía en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo, ocupado en escribir los *Anales de Aragón*, y á quien poco despues el conde de Lemos llevó á Nápoles de secretario del vireinato. La carta pudo tener el fin de interesar á Argensola para que desvaneciese alguna prevención hecha nacer en el Conde por los emulos y envidiosos de QUEVEDO, y preparar la lectura de sobremesa que refiere Aldrete y oyó tal vez como un gran triunfo referir á su tío.

El mismo señor Castellanos me ha facilitado copia de otra carta, que dice vió original escrita por un tal Andres Lopez, desde la villa del Fresno, partido de Alcalá de Henáres, á 6 de marzo de 1608, en que se leen las siguientes curiosas noticias.

«DON FRANCISCO DE QUEVEDO es un diablo: ya está mejor de sus dolores, y nos hace tan buena compañía que no nos vamos á encontrar bien sin este señor. Dice que se irá la semana que viene, y nosotros estamos haciendo con su tío y primos por que pase aquí mas días... También ha compuesto un cuento en que hablan los condenados en el infierno, en el que no deja mozo, ni feo, ni mujer, ni á nadie á quien no pegue zurra. En fin, tiene todo el pueblo revuelto el buen don FRANCISCO, y hasta los muchachos le piden coplas; pero la tía Marta, la madre de don Pablitos (1), y otras viejas dicen que está condenado, y que por eso sabe lo que pasa en los infiernos. El se rie mucho con ellas y las cuenta tantas mentiras del diablo, que le hacen la cruz y dicen que sino se va de aquí va á mandarnos Dios un castigo.»

El *Sueño del Infierno*, conocido desde 1629 con el nombre de *Las zahurdas de Pluton*, es quizá uno de los mas grandes esfuerzos del humano ingenio.
Véanse las figuras y asuntos que le componen, segun se notan al márgen en la edición de 1631:
«Camino del cielo, camino del infierno, taberneros, hipócritas, ricos, pobres, discretos, necios, negociantes, reyes, eclesiásticos, soldados, seguir la virtud, mujeres interesadas, sastres, libreros, cocheros, bufones, truhanes y juglares, chocarreros, aduladores, marido que vende su mujer, mujer pública, faranduleros, zapateros, pasteleseros, corchetes y alguaciles, mercader, plateros y buhoneros, caballero hidalgo y noble, honra mundana, valentía, capitanes, caballero, dueñas, padres que dejan ricos á sus hijos, necios que dicen: *Oh quién hubiera!* los que abusan de la misericordia de Dios, tintureros, cornudos, sodomitas, viejas, muertos de repente; nadie muere de repente, que todo es avisos de la muerte; boticarios, barberos, zurdos, mujeres feas y que se pintan, memoria del bien per-

(1) Capellán de la Virgen, contra quien escribió el soneto que comienza:

Erase un hombre á una nariz pegado.

premio de los que da el vulgo con mano escasa; que no soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Vuesamerced en Zaragoza comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, mientras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á vuesamerced paz y salud. Del Fresno y mayo 3 de 1608.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

PRÓLOGO AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR.

ERES tan perverso, que ni te obligué llamándote pio, benévolo, ni benigno en los más discursos porque no me persiguieses; y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno: no me arguyas de maldiciente porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está: toma el infierno que te bastare, y calla. Y si algo no te parece bien, ó lo disimula piadoso, ó lo enmienda docto; que errar es de hombres, y ser herrado de bestias ó esclavos. Si fuere oscuro, nunca el infierno fué claro; si triste y melancólico, yo no he prometido risa: solo te pido, lector, y aun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones ni ofendas con malicia mi buen celo, pues lo primero, guardo el decoro á las personas y solo reprendo los vicios; murmuro los descuidos y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios; y al fin, si te agradare el discurso, tú te holgarás, y si no, poco importa; que á mí, de tí ni de él se me da nada. *Vale.*

dido, gusano de la conciencia, sabios y doctos, escandalosos, taberneros, Judas, diablos, dispenseros, Judas, mujeres hermosas y malos letrados, malas mujeres, escribanos, alguaciles, enamorados, penséque, amor, poetas, los que no saben pedir á Dios, los que no cumplen los votos y promesas, hijos que no se acuerdan de sus padres muertos, ensalmadores y saludadores, saludadores, astrólogos y alquimistas, corchetes, sastres, alquimistas, astrólogos, supersticiosos, quiméricos, geométrico, mujeres hermosas, los vicios, herejes antes de Cristo, inmortalidad del alma, herejes despues de Cristo, Mahoma, herejes, Lutero é impugnacion de sus errores y defensa de las imágenes; defensa de las buenas obras y pasion de Cristo, Lucifer y su galería, emperadores, reyes; aposento de Lucifer, y quién hay en él; alguaciles, coronistas, pesquisidores, doncellas, demandadores, madres postizas.

DISCURSO.

Yo que en el *Sueño* vi tantas cosas y en el *Alguacil alguacilado* oí parte de las que no habia visto, como sé que los sueños las más veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos esconden; vi, guado de mi ingenio, lo que se sigue, por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista (muda recreacion y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no hallo paz en nada desto. Tendí los ojos, codicioso de ver algun camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacen de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encare-

cimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, vi algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atras, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo: «Déjese de caballerías, y caiga de su asno.» Y miré con todo eso, y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no habia señal de rueda de coche ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamas. Pregunté, espantado desto á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso habia ventas en aquel camino ó mesones en los paraderos. Respondióme: «Venta aquí, señor, ni meson, ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir

es caminar, la venta es el mundo, y en saliendo della es una jornada sola y breve desde él á la pena ó á la gloria.» Diciendo esto se levantó, y dijo: «Quedáos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho.» Comenzó á andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecia que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñastos á los piés y hacer tratables los abrojos. «¡Pésia tal! dije yo entre mí, pues tras ser el camino tan trabajado, ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡Para mi humor es bueno!» Dí un paso atras y salíme del camino del bien; que jamas quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar ni que descansar. Volvíme á la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra y muchos caballeros. Yo que siempre oí decir: «Dime con quién andas y diréte quién eres,» por ir con buena compañía puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester; porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y sa-raos; y no el otro camino, que por falta de sastres iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios; pues ventas, á cada paso; y hodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra dellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallon de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir mi camino el ver no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caian que no se podian tener, y entre ellos fué de ver el cruel resbalon que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habian derramado en el camino, que por ser agua se les fueron los piés, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud más trabajados. Hacíamos burla dellos, llamábamoles heces del mundo y desecho de la tierra. Algunos se tapaban los oídos y pasaban adelante; otros que se paraban á escucharnos, dellos desvanecidos de las muchas voces, y dellos persuadidos de las razones, y corridos de las vayas, caian y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde léjos parecia que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. (1) Iban muchas mujeres tras estos, los cuales, siendo

(1) Habia muchas mujeres tras estos besándoles las ropas; que en besar algunas son peores que Judas, porque aquel besó (aunque con ánimo traidor) la cara del Justo, hijo de Dios y Dios ver-

enredo con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpicando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara; bien que hay muchos buenos: mas son diferentes destos, á quien ántes se les ve la disimulacion que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores y los más malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban estos solos aparte, y reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquellos, ya que no conocieron la vida eterna ni la van á gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados; y en conclusion, destos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros; los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó. Van por un camino los discretos, por no dejarse gobernar de otros; y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes, la pasion á las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Vi algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados honradamente triunfando; pero los pocos que nos cupieron acá era gente que si, como habian extendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros solos iban muy desnudos, que por la mayor parte los tales que viven por su culpa traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habian visto, los malos pasos que habian andado (que nunca estos andan en buenos pasos). (2) Nada los oíamos; solo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros: ¿Qué digo, camarada? ¿Qué trances hemos pasado y qué tragos! Lo de los tragos se les creyó (3). Miraban á estos pocos los muchos capitanes,

gadero; y ellas besan los vestidos de otros tan malos como Judas. Atribuyelo, mas que á devocion (á algunas), á golosina en el besar. Otras iban cogiéndoles de las capas para reliquias, y algunas cortan tanto, que da sospecha que lo hacen más por verlos en cueros ó desnudos, que por fe que tengan con sus obras. Otras se encomiendan á ellos en sus oraciones, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Vi alguna pedirles hijos, y sospecho que marido que consiente en que pida hijos á otro la mujer, se dispone á agradecerse si se les diere. Esto digo por ver que, pudiendo las mujeres encomendar sus deseos y necesidades á san Pedro, á san Pablo, á san Juan, á san Agustín, á santo Domingo, á san Francisco y otros santos que sabemos que pueden con Dios, se den á estos que hacen oficio la humildad, y pretenden irse al cielo de estrado en estrado y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban estos arrebozados, etc. (Edición de Pamplona, 1631).

(2) Y nada desto les creíamos, teniéndoles por mentirosos, solo cuando por encarecer, etc. (Id.)

(3) porque hacianse recuas de mosquitos que les rodeaban las bocas golosas del aliento, parlero del mucho mosto que habian colado. (Id.)

maestres de campo, generales de ejércitos que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir á uno dellos que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de lata llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos: «¿Qué digo, soldados por acá? ¿Esto es de valientes: dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que solo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: Mata ó muere. Reprended la hambre del premio, que de buen varon es seguir la virtud sola, y de codiciosos los premios no más; y quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interes y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecedores bienes. Ella es dón de sí misma; quietaos en ella.» Y aquí alzó la voz y dijo: «Advertid que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan más dañoso vencimiento; y advertid que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida, pues perdiéndolas por ellos, los más dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved.» Oyéronlo ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados, se encaminaron bien con los demas soldados. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros. Noté cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdicion; porque como ellos saben que el camino (1) es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veían al suyo ancho y el nuestro angosto, pensando que habían errado ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Vi una mujer que iba á pié, y espantado de que mujer se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que me diera fe dello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningun escribano ni alguacil; y como no los vi en él, luego colegí que era aquel el camino (2), y este otro al reves. Quedé algo consolado, y solo me quedaba duda que, como yo había oído decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino del (3), y veía que todos se iban holgando, cuando me sacó desta duda una gran parva de casados que venían con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno del marido, pues por darle la perdiz y el capon no comía; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes iba en cueros; y al fin, conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas á veces el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas: «Dejen pasar los boticarios.» ¿Boticarios pasan? dije yo entre mí, al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: «Al infierno vamos;» y todos, estando en él, dijeron muy

(1) del cielo. (Edic. de Pamplona, de 1631.)

(2) del cielo. (Id.)

(3) por el otro camino. (Edic. de Bruselas de 1660.)

espantados: «En el infierno estamos.» «¿En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser.» Quise poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas. Y estando llorando esto, volví la cara hacia el mundo, y vi venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto había conocido allá, poco ménos. Consoléme algo en ver esto, y que segun se daban priesa á llegar al infierno, estarían conmigo presto. Comenzóseme á hacer áspera la morada y despacibles los zaguanes.

Fuí entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallámos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: díjele, y pasó. Llegaron á mis compañeros, y dijeron que eran remendones, y dijo uno de los diablos: «Deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá.» Preguntó otro diablo cuántos eran. Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado entre cano: «¿Ciento y sastres? no pueden ser tan pocos; la menor partida que habemos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirles.» Afligiéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio, de mal pelo; dió un salto en viéndose allá, y dijo: «Ahora acá estamos todos.» Salíó de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo: «Allá va leña.» Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras): «Yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestras me hice corcovado y cojo; he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer. En esto hizo otro vómito dellos el mundo, y hube de entrarme porque no había donde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó á traspalar, y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno, remendones de todo oficio, gente que solo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro, cuando por mi nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medrosa como ellos, y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que le atormentaba me permitía. «¿No me conoce? me dijo, á...» (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre, el librero. «Pues yo soy: ¿Quién tal pensara!» Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros, pues todos los cuerpos que tenía eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decía: «Aquí se vende tinta fina, papel batido y dorado,» pudiera condenar á otro que hubiera menester más apetitos por ello. «¿Qué quiere? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latin, sabiendo ya con ellos los tontos

lo que encarecían en otros tiempos los sabios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza.» Más iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos dellos. Yo, que vi que ya no hablaba, fuíme adelante, diciendo entre mí: «Si hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?»

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazarrias, romo y calvo, que quisiera más (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque había cochero de aquellos que pedia aun dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habían de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabían chasquear los azotes tan bien como ellos. «¿Qué causa hay para que estos penen aquí?» dije. Y tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo: «Señor, porque siendo pícaros nos venimos al infierno á caballo y mandando.» Aquí le replicó el diablo: «¿Y por qué calláis lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitastes, y lo que mentistes en un oficio tan vil?» Dijo un cochero (que lo había sido de un caballero, y aun esperaba que le había de sacar de allí): «No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte, pues nos llegaron á poner cotas y sayos vaqueros, hábitos largos y valona, en forma de cuellos bajos. ¿Cómo supieran condenarse las mujeres de los pícaros en su rincón si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay mujer destos de honra postiza que se fué por su pié al dón, y por tirar una cortina, ir á una tastera hartará de ánimas á Perogotero.» «Así, dijo un diablo, soltóse el cocherillo y no callará en diez años.» «¿Qué he de callar, dijo, si nos tratáis de esta manera debiendo regalarnos? Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pié, llena de lodos como los siempre rotos escuderos, zaqueando y despedados, sino sahutada, descansada, limpia, y en coche. Por otros lo hiciéramos que lo supieran agradecer. Pues ¿decir que merezco yo eso por barato y bien hablado y aguadoso (1), ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos! No se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento. Llegó á tanto, que por casarse y saber si una era doncella se hacía informacion si había entrado en él, porque era señal de corrupcion; y tras desto me das este pago?» «Via», dijo un demonio mulato y zurdo: redobló los palos, y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros que andaban por allí.

Y lleguéme á unas bóvedas donde comenzé á tiritar de frio y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frio en el infierno, qué era aquello; y salió á responder un diablo zambó, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: «Señor, este frio es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por de más y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el in-

(1) Los demás cocheros en comparacion de mis mosquitos eran ranas. No se probará, etc. (Edición de Barcelona de 1635.)

fierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaría el dolor del fuego.» Pedíle licencia para llegar á verlos: diómela, y calofriado llegué y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habían dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo había tenido por tales: pregunté la causa, y respondiome un diablo que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo, cómo se condenaban; y me respondieron: «Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja matar habas en las nalgas ó pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos despues de las penas solo echan ménos las pagas. ¿Veis aquel? me dijo; pues mal juez fué y está entre los bufones, pues por dar gusto no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuertos, los hizo bizcos. Aquel fué marido descuidado, y está tambien entre los bufones, porque por dar gusto á todos vendió el que tenía con su esposa, y tomaba á su mujer en dineros como ración, y se iba á sufrir. Aquella mujer, aunque principal, fué juglar, y está entre los truhanes porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin, de todos estados entran en el número de los bufones, y por eso hay tantos, que, bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andais riendo de los otros, y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera destos, hay bufones desgranados y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimo son los faranduleros miserables de bululu (a); y destos os certifico que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me vi suelto, entréme por un corral adelante, y hedia á chinchas que no se podía sufrir. «A chinchas hiede, dije yo; apostaré que alejan por aquí los zapateros;» y fué así, porque luego sentí el ruido de los bojes y vi los tranchetes. Tapéme las narices, y asoméme á la zahurda donde estaban, y había infinitos. Díjome el guardián: «Estos son los que vinieron consigo mismos, digo, en cueros; y como otros se van al infierno por su pié, estos se van por los ajenos y por los suyos, y así vienen tan ligeros.» Y doy fe de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico ni grande, y que mintió Virgilio en decir que había

(a) Acerca de esta clase de comediantes dice en su *Viaje entretenido* Agustín de Rojas: «Pues sabed que hay ocho maneras de compañías y representantes, y todas diferentes: bululu, flaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, farándula y compañía. El *bululu* es un representante solo, que camina á pié y pasa su camino; y entra en el pueblo, habla al cura y dícele que sabe una comedia y alguna loa; que junte al barbero y sacristán, y se la dirá porque le den alguna cosa para pasar adelante. Juntanse estos; y él súbese sobre una arca, y va diciendo: Ahora sale la dama y dice esto y esto; y va representando; y el cura pidiendo limosna en un sombrero. Y junta cuatro ó cinco cuartos, algun pedazo de pan y escudilla de caldo que le da el cura, y con esto sigue su estrella, y prosigue su camino hasta que halla remedio.»